



"Salve oh Cruz, única esperanza". El Señor nos salva desde la Cruz"

"En la Cruz está la vida y el consuelo y ella sola es el camino para el cielo" (Santa Teresa)

Pongamos la mirada hoy en el crucificado y traspasado. Jesús mismo había dicho: "Me mirarán a mí, al que traspasaron". Y "cuando Yo sea elevado sobre la tierra, lo atraeré todo hacia mí".

Junto a la Virgen, con una súplica en el corazón: "A tu lado, Madre, junto a Jesús que sufre y muere por mí. ¡Haz que su cruz me enamore!"

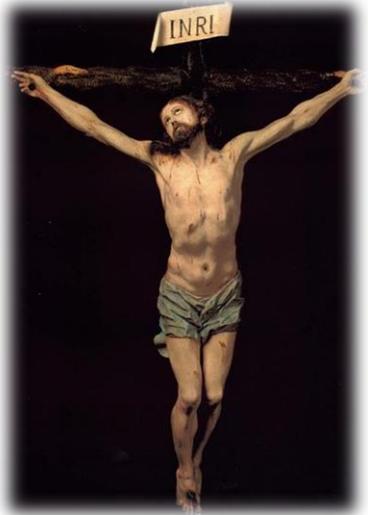
CÓMO FUE LA MUERTE DE JESÚS (Beata Ana Catalina Emmerick)

"La hora del Señor habla llegado: luchó contra la muerte, y un sudor frío cubrió sus miembros. Juan estaba al pie de la cruz, y limpiaba los pies de Jesús con su sudario, Magdalena, partida de dolor, se apoyaba detrás de la cruz. La Virgen Santísima estaba de pie entre Jesús y el buen ladrón, sostenida por Salomé y María de Cleofás, y veía morir a su Hijo. Entonces Jesús dijo: "Todo está consumado" Después alzo la cabeza, y gritó en alta voz: "Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu". Fue un grito dulce y fuerte, que penetró cielo y la tierra: en seguida inclinó la cabeza, y rindió el espíritu. Yo vi su alma en forma luminosa entrar en la tierra al pie de la cruz. Juan y las santas mujeres cayeron de cara sobre la tierra.

El centurión Abenadar tenía los ojos fijos sobre la faz ensangrentada de Jesús, y su emoción era profunda. Cuando el Señor murió, la tierra tembló, el peñasco se abrió entre la cruz de Jesús y la del mal ladrón. El último grito de Jesús hizo temblar a todos los que le oyeron, como la tierra que reconoció su Salvador. Sin embargo, el corazón de los que le amaban fue sólo atravesado por el dolor como con una espada. Entonces fue cuando la gracia iluminó a Abenadar. Su corazón, orgulloso y duro, se partió como el peñasco del Calvario; tiró su lanza, se dio golpes de pecho, y gritó con el acento de un hombre convertido: "¡Bendito sea el Dios Todopoderoso, el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob! ¡Éste era un justo: es verdaderamente el Hijo de Dios!" Muchos soldados, pasmados al oír las palabras de su jefe, hicieron como él.

Cuando el Salvador encomendó su alma humana a Dios, su Padre, y abandonó su cuerpo a la muerte, el cuerpo sagrado se estremeció, y se puso de un blanco lívido, y sus heridas, en que la sangre se había agolpado en abundancia, se mostraban distintamente como manchas oscuras; su cara se estiró; sus carrillos se hundieron, su nariz se alargó, sus ojos, llenos de sangre, se quedaron medio abiertos; levantó un instante la cabeza coronada de espinas, y la dejó caer bajo el peso de sus dolores; los labios, lívidos, se quedaron entreabiertos, y dejaron ver la lengua ensangrentada; sus manos, contraídas primero alrededor de los clavos, se extendieron con los brazos; su espalda se enderezó a lo largo de la cruz, y todo el peso de su cuerpo cayó sobre sus pies; las rodillas se encogieron y se doblaron del mismo lado, y sus pies dieron vuelta alrededor del clavo.

¿Quién podría expresar el dolor de la Madre de Jesús, de la Reina de los mártires? La luz del sol estaba aún alterada y oscurecida; el aire sofocaba durante el temblor de tierra, mas en seguida refrescó sensiblemente (...). Silencio y duelo reinaban alrededor del cuerpo de Jesús. Se veía a lo lejos, en el valle y sobre las alturas opuestas, aparecer acá y allá algunos discípulos que miraban hacia la cruz con una curiosidad inquieta; y desaparecían, si veían venir a alguno".



Pidamos a la Virgen sus ojos para contemplarle: es el varón de dolores y de amores. "*Sin figura, sin belleza, lo vimos sin aspecto atrayente: despreciado y evitado por los hombres*" (Is 53, 2-3).

"*Muéstrame tu rostro*" ... desfigurado. "*En la Cruz manifiesta en plenitud la belleza y el poder del amor de Dios*" (VC 24)

Esa deformidad de Cristo es la que a nosotros nos da forma: Sus cicatrices nos curaron. "*Si Él no hubiera querido ser deforme, no habrías tú recobrado la forma que habías perdido. Deforme, colgado de la Cruz, pero su deformidad era nuestra belleza. Mantengámonos, pues, en esta vida fiel a Cristo deforme*" (San Agustín)

"*Hermoso siendo Dios, Verbo en Dios (...)* Es hermoso en el cielo y es hermoso en la tierra; hermoso en el seno, hermoso en los brazos de sus padres. Hermoso en sus milagros, hermoso en los azotes; hermoso invitado a la vida, hermoso no preocupándose de la muerte, hermoso dando la vida, hermoso tomándola; hermoso en la cruz, hermoso en el sepulcro y hermoso en el cielo. Oíd entendiendo el cántico, y la flaqueza de su carne no aparte de vuestros ojos el esplendor de su hermosura" (San Agustín)

Tengo sed

"*Un domingo, contemplando una estampa de nuestro Señor crucificado, quedé profundamente impresionada al ver la sangre que caía de una de sus manos... caía al suelo sin que nadie se apresurase a recogerla... Resolví mantenerme en espíritu al pie de la cruz para recibir el divino rocío que goteaba de ella, comprendiendo que luego tendría que derramarlo sobre las almas... El grito de Jesús en la cruz resonaba continuamente en mi corazón: ¡Tengo sed!'. Estas palabras encendían en mí un ardor desconocido y vivísimo... Yo misma me sentía devorada por la sed de almas*" (Santa Teresa del Lisieux).

"ERA NECESARIO QUE PADECIESE"

1. ¿Por qué el Padre eligió el sacrificio?

¿No adquiere Él un rostro cruel mandando a su Hijo al sacrificio? ¿No hay en esto una manifestación de excesivo rigor? La respuesta de la revelación es precisa: lejos de ser un acto de crueldad o de severidad rigurosa, el gesto del Padre, que ofrece al Hijo en sacrificio, **es la cumbre del amor**: "*Tanto amó Dios al mundo que le dio su unigénito Hijo, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna*" San Juan, que refiere estas palabras en el Evangelio (Jn 3, 16), las comenta en su primera Carta: "*En esto está el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y envió a su Hijo, como propiciación por nuestros pecados*" (1 Jn 4, 10).

El Padre ha querido un sacrificio de reparación por las culpas de la humanidad, pero **Él mismo ha pagado el precio de este sacrificio, entregando a su Hijo**. Con este don ha demostrado en qué medida Él era Salvador y hasta qué punto amaba a los hombres. Su gesto es el gesto definitivo del amor. Por lo cual, el misterio pascual es "el culmen de la revelación y actuación de la misericordia" de Dios (*Dives in misericordia*, 7).

Nunca debemos olvidar que nuestra reconciliación ha costado al Padre un precio tan alto. **¿Y cómo no darle gracias por este amor que nos ha traído**, con la salvación, la paz y la alegría? (San Juan Pablo II).

2. Jesús, algo más que un Maestro

No podemos convertir a Jesús en un maestro bueno, amable; ni reducir su vida a sus maravillosas enseñanzas. Un Cristo que enseñara el bien y luego se pudriera en un sepulcro, no sería una respuesta para el hombre y para el mundo. El hombre no necesita sólo bellas enseñanzas, ni siquiera tiene suficiente con la verdad; **quiere que el mal sea vencido, que la muerte sea derrotada**. Si Cristo sólo hubiera sido el mejor de los maestros, si hubiera poseído la última fuente del conocimiento, pero al final no hubiera podido romper las ataduras de la muerte, su palabra hubiera sido insuficiente: porque no habría demostrado que la verdad, aunque aplastada, puede volver a levantarse. La historia muestra que la verdad y la virtud son con frecuencia derrotadas. Necesitaba una certeza de que esa derrota no es definitiva.

Sin ella ¿cómo el hombre tendría valor para luchar por una virtud o una verdad que sabe que no serán vencedoras? ¿Qué inspirará el sacrificio en esa lucha? Si él, con toda su verdad, hubiera sido derrotado por la muerte ¿no sentiría el hombre la tentación de pensar que esa lucha es inútil? **Era necesario que padeciese, repite ahora Jesús. Era también necesario que resucitase.**

3. La Cruz nos muestra la infinita Misericordia divina

“En el misterio de la cruz se revela plenamente el poder irrefrenable de la misericordia del Padre celeste. Para reconquistar el amor de su criatura, aceptó pagar un precio muy alto: la sangre de su Hijo unigénito. La muerte, que para el primer Adán era signo extremo de soledad y de impotencia, se transformó de este modo en **el acto supremo de amor y de libertad del nuevo Adán.**

Así pues, podemos afirmar, con san Máximo el Confesor, que Cristo «murió, si así puede decirse, divinamente, porque murió libremente». En la cruz se manifiesta el eros de Dios por nosotros. Efectivamente, eros es — como dice el Pseudo Dionisio Areopagita— la fuerza «que hace que los amantes no lo sean de sí mismos, sino de aquellos a los que aman». **¿Qué mayor «eros loco» (N. Cabasilas) que el que impulsó al Hijo de Dios a unirse a nosotros hasta el punto de sufrir las consecuencias de nuestros delitos como si fueran propias?»** (Benedicto XVI)

4. El escándalo de la Cruz, sabiduría de Dios

“*Piensas como los hombres...*” le reprocha Jesús a Pedro. “*Subimos a Jerusalén... donde el hijo del hombre tiene que padecer mucho*”, y vosotros pensando en los puestos más importantes.

Pedro muestra una fe todavía inmadura y demasiado ligada a la “mentalidad de este mundo” (Cf. Romanos 12, 2). Por eso Pedro, ante el anuncio de la cruz, protesta: «*¡Lejos de ti, Señor! ;De ningún modo te sucederá eso!*» (Mateo 16,22). El Maestro y el discípulo siguen dos maneras opuestas de pensar. Pedro, según una lógica humana; Jesús, por el contrario, sabe que el Padre, **por amor a los hombres, le ha enviado a dar la vida por ellos**; y que, si esto implica la pasión y la cruz, es justo que suceda así. Sabe también, que al final está el triunfo de la resurrección.

Así se nos muestra el escandaloso misterio de la Cruz, que san Pablo lo presenta como el punto principal de su teología, porque **decir Cruz quiere decir salvación como gracia dada a toda criatura.** ... El mensaje de la Cruz es **escándalo y necesidad.** Pablo lo afirma con una fuerza impresionante: “*La predicación de la cruz es una necesidad para los que se pierden; mas para los que se salvan -para nosotros- es fuerza de Dios... quiso Dios salvar a los creyentes mediante la necesidad de la predicación. Así, mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necesidad para los gentiles*” (1 Cor 1,18-23).

Este “**escándalo**” y esta “**necesidad**” están en el hecho de que ahí donde solo parece haber fracaso, dolor, derrota, precisamente, allí está todo el poder del Amor ilimitado de Dios, porque **la Cruz es expresión de amor** y el amor es el verdadero poder que se revela precisamente en esta aparente debilidad. Para los judíos la Cruz es *skandalon*, es decir, trampa o piedra de tropiezo: parece obstaculizar la fe del pío israelita, que no consigue encontrar nada parecido en las Sagradas Escrituras. Pablo, con no poco valor, viene a decir aquí que la apuesta es altísima: para los judíos, la Cruz contradice la esencia misma de Dios, que se ha manifestado con signos prodigiosos. Por tanto, aceptar la Cruz de Cristo significa realizar una profunda conversión en el modo de relacionarse con Dios. Si para los judíos el motivo de rechazo de la Cruz se encuentra en la Revelación, para los griegos (para los paganos), el criterio de juicio para oponerse a la Cruz es la razón. Para estos la cruz es necesidad, literalmente *te insipidez*, alimento sin sal; por tanto, más que un error, es un insulto al buen sentido.

... ¿Por qué san Pablo hace de la cruz el fundamento de su predicación? Porque **la Cruz revela “el poder de Dios”** (cfr 1 Cor 1,24), que es diferente del poder humano; revela de hecho su amor: “*Porque la necesidad divina es más divina es más sabida que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres*”. A siglos de distancia vemos que es siempre la Cruz, y no la sabiduría, que se opone a Cruz, la que gana (Benedicto XVI).

LA CRUZ SANEA TODA LA PODREDUMBRE HUMANA

Es impresionante el silencio de Jesús en la Pasión. "Jesús, *entretanto callaba*". Callar, no se defiende, no da razones, no aclara situaciones, no protesta ante las atroces injusticias... ¡**calla! Se abandona en el Padre para que Él actúe cómo y cuándo quiera.**

Cristo en los días de su Pasión Santísima, está como sumergido en un mar de podredumbre moral. Él, la Santidad de Dios, arrojado en esa cloaca inmundada, para sanearla, para convertirla en un manantial de agua cristalina... ¿será posible?

Jesús sufre la cobardía de Pilato, la lujuria de Herodes, la falsedad de los sanedritas, la soberbia del sumo sacerdote, la cobardía de sus discípulos, la traición de Judas, la mofa y veleidad de las turbas, el insulto de los ladrones, el escarnio de los romanos, la ordinariez y bajeza de los sayones, el odio de los judíos que le escupen, las negaciones juradas de Pedro...

Quiere cargarlo todo, abrazar toda esa podredumbre y miseria humana para redimirla en la cruz... ¡**Cuánto te costó, Dios mío, mi santidad! Cuánto** te costó, Señor, hacer la nueva creación.

LA LOCURA DE LA CRUZ (Tratado del amor de Dios. San Juan de Ávila)

Pues ¿cómo te pagaré yo, Amador mío, este amor? Esto solo es digno de recompensa, que la sangre se recompense con sangre. ¡Dulcísimo Señor! (...) véame yo con esa sangre teñido y con esa cruz enclavado.

¡Oh cruz, hazme lugar, y recibe mi cuerpo, y deja el de mi Señor! ¡Ensánchate, corona, para que pueda yo ahí poner mi cabeza! ¡Dejad, clavos, esas manos inocentes, y atravesad mi corazón, y llagadlo de compasión y amor! Para esto, dice tu Apóstol, moriste, para enseñorearte de vivos y muertos (Rom 14,9), no con amenazas y castigos, sino con obras de amor. Cuéntame entre los que mandares, o por vivo o por muerto, y véame yo cautivo debajo del señorío de tu amor.

¡Oh, qué maravillosa manera de pelear ha tomado el Señor, dice la santa profecía! (Jud 5,8). Porque ya no con diluvio, no con fuego del cielo, sino con halagos de paz y amor ha conquistado los corazones; no matando, sino muriendo; no derramando sangre, sino la suya por todos en la cruz.

¡Oh maravillosa y nueva virtud! ¡Lo que no hiciste desde el cielo servido de ángeles, hiciste desde la cruz acompañado de ladrones! ¡Oh robador apresurado y violento! ¿Qué espada será tan fuerte, qué arco tan recio y bien flechado, que pueda penetrar a un fino diamante? La fuerza de tu amor ha despedazado infinitos diamantes. Tú has quebrantado la dureza de nuestros corazones. Tú has inflamado a todo el mundo en tu amor. Tú mismo dijiste a un profeta: Con el fuego de mi amor será abrasada toda la tierra, Y en tu Evangelio dijiste: Fuego vine a poner en la tierra, y ¿qué otra cosa quiero sino que arda? (Lc 12,49).

¡Oh dulce fuego! ¡Oh dulce amor! ¡Oh dulce llama! ¡Oh dulce llaga, que así enciende los corazones helados más que nieve, y los convierte en amor! ... Cuando yo, mi buen Jesús, veo cómo de tu costado sale el hierro de la lanza, esa lanza es una saeta de amor que traspasa, y de tal manera hiere mi corazón, que no deja en él parte que no penetre.

¿Qué has hecho, Amor dulcísimo? ¿Qué has querido hacer en mi corazón? Vine aquí para curarme, ¡y me has herido! Vine para que me enseñases a vivir, ¡y me haces loco! ¡Oh sapientísima locura: no me vea yo ja más sin ti! No solamente la cruz, mas la misma figura que en ella tienes nos llama dulcemente a amor. Lacabeza tienes reclinada para oírnos y darnos besos de paz, con la cual convidas a los culpados. Los brazos tienes tendidos para abrazarnos. Las manos agujereadas para darnos tus bienes, el costado abierto para recibimos en tus entrañas, los pies enclavados para esperarnos y para nunca poderte apartar de nosotros.

De manera que, mirándote, Señor, en la cruz, todo cuanto vieren mis ojos, todo convida a amor: el madero, la figura y el misterio, las heridas de tu cuerpo. y, sobre todo, el amor interior me da voces que te ame y nunca te olvide mi corazón.

Si en la cruz nos amó, en ella hemos de amarle

¿Y quién es aquel que te ama, y no te ama crucificado? En la Cruz me buscaste, me hallaste, me curaste y libráste y me amaste, dando tu vida y sangre por mí en manos de crueles sayones; pues en la Cruz te quiero buscar y en ella te hallo y hallándote me libras y curas de mí, que soy el que contradice a tu amor, en quien está mi salud (San Juan de Ávila).